

## Magia y realidad en la pintura de Raquel Forner\*

Cayetano Córdova Iturburu

Las corrientes que configuran el arte de una época no se desarrollan, felizmente, en una línea única, exclusiva. Se desarrollan en procesos de progresión paralela, en superpuestos caudales, en tendencias que se interfieren, se diversifican y se entremezclan en una apariencia de mutua y sucesiva anulación. La gran obra de arte, la obra significativa, expresiva del tiempo que se vive, no suele ser sino la concurrencia feliz de esas corrientes, la concreción oportuna y reveladora de la sensibilidad, el pensamiento y las preocupaciones de cada periodo de tiempo. Deliberado o intuitivo, el arte es siempre un testimonio, un documento. Cuando las gentes de mi generación abrimos los ojos a la realidad del arte aprendimos una consigna categórica: el desdén de la anécdota. En pintura, en escultura, esa consigna tenía realidad apasionante. Se llamaba "plástica pura". La batalla iniciada por Cézanne había culminado en la disciplina ascética, severa, del cubismo. Se reaprendía a ver las cosas, los ojos recobraban la limpidez primera y se recuperaba el imperio de las leyes eternas de la plástica. El arte volvía a las desnudeces iniciales, despejado otra vez de banalidades representativas. El dibujo, el color, la composición, la materia, reconquistaban las jerarquías perdidas. Ahí están, para demostrarlo, las obras maestras de los primeros treinta años de nuestra centuria desde Cézanne hasta Picasso. Es un arte de satisfechas avideces técnicas y estáticas pero de ojos tercamente cerrados a todo lo que no sea precisamente eso: refinamiento, perfeccionamiento del instrumental, recuperación del oficio. El aire, ya en esas alturas, comenzó a enrarecerse. Los artistas empezaron a mirar a su alrededor, desconcertados. Las brújulas se enloquecían como si se hallaran sobre la soledad sin destino de un polo magnético. Pero he aquí que afloraba a la superficie, como una sugestión de otras experiencias estéticas, una corriente inesperada. Eran Van Gogh, eran Gauguin, eran Seurat. Era la presencia de un ámbito espiritual, la conversión de la plástica en un instrumento de expresión distinta. Debajo de las cosas late un sentido, su ánima, su significado. Un clima de sugestión las envuelve. Eso puede expresarse, puede decirse. Y pueden decirse, aún, cosas distintas, nuevas, que no están, incluso, en las cosas sino en el espíritu del hombre. Mirando hacia atrás, en la historia del arte, se advierte que esto es verdadero. Lo dicen desde Ucello hasta Goya y El Greco pasando, como es natural, por Brueghel. El expresionismo, el fauvismo, el surrealismo, recogen estas sugestiones, se apoyan en esa tradición y le dan personería en procura de la expresión de nuestro tiempo.

---

\* Cayetano Córdova Iturburu (1944). "Magia y realidad en la pintura de Raquel Forner". En *Correo Literario*. Buenos Aires, 13 de diciembre, pp. 5-6.

¿Pero qué es nuestro tiempo? ¿Es el tiempo en que el hombre –como en la Edad Media– busca la salvación del alma? Escuchemos las conversaciones, pongamos el oído al rumor que sube desde las ciudades y los campos. No nos dejemos engañar por la voz sibilina de los metafísicos solitarios. Nuestro tiempo es el tiempo del hombre que se defiende del hombre, del hombre que muere por la salvación del hombre. El arte ha comenzado a recoger este terrible drama que da el tono, el sentido y el clima a nuestro tiempo. Esa es su realidad, la pesadilla de su realidad. La advierten Grosz y Massereel, Siqueiros y Diego Rivera. Y lo expresan con el poderoso instrumental de un arte que ha vivido las experiencias ascéticas de “la plástica pura” y las de la plástica expresiva.

He aquí –en un exordio tal vez demasiado prolijo– los precedentes de la obra de nuestra Raquel Forner. Los precedentes y su actualidad.

Cuando se observa una obra de las más recientes de Raquel Forner, desde un punto de vista estrictamente pictórico, se advierte, en primer término, que su composición no consiste, sólo, en un equilibrio de masas dispuestas sobre un mismo plano. Raquel Forner compone, asimismo, en profundidad. Obsérvese su “Autorretrato”. Obsérvense los poblados paisajes de sus fondos donde la valorización exacta del color coloca cada cosa en impecable acuerdo con la perspectiva. Mírense, luego, el paño y el yeso, la corteza del árbol y la epidermis de una cara. Obsérvese el dibujo de las cosas y su modelado. La artista ha vivido a fondo, en el estudio sin par de la labor creadora la experiencia técnica y estética de la “plástica pura”. Conoce las formas y ha ahondado en la calidad que sólo el color expresa. Cualquier pedazo de un cuadro de Raquel Forner es válido –pictóricamente– en mérito de estas realidades. No insisto en vano en ello. Salgo al paso de ligerezas críticas. La artista es dueña de un lenguaje plástico de validez incuestionable. Pero ella no es, sólo, una pintora. Si lo fuera exclusivamente no habría salido de la naturaleza muerta –o viva– intrascendente. Es, en forma substancial y medular, un temperamento poético, esto es, una imaginación, una fantasía y una sensibilidad, un impulso creador de poderosos alcances líricos y dramáticos. Sirve ese impulso un repertorio de capacidades plásticas que utiliza con sentido creador, positivo y fecundo, de las formas y de los colores. ¿No define esto, en cierto modo, el perfil de las escuelas post-cubistas y, más precisamente, del expresionismo? También esta experiencia ha vivido la artista. Su obra asume, en tal sentido, la significación de un vértice en que lo plástico y lo espiritual se conjugan, en que lo plástico es, más precisamente, el instrumento de expresión de un mensaje humano, estremecido.

–Yo comencé a pintar realmente –ha dicho– cuando estalló la guerra en España. La tragedia material y espiritual que comenzó en España para desparramarse luego por el mundo, amenazando a toda la humanidad con la sombra del totalitarismo, me impresionó intensamente. Porque amo a España y soy una mujer no pude volver a pintar una naturaleza muerta... Ahora no puedo hallar la paz

ni siquiera en el campo. Ahora no puedo ir de vacaciones sin que me siga esta terrible tragedia. Veo agonía en las retorcidas ramas de los árboles. Veo sangre en cada flor delicada porque recuerdo las flores semejantes de Europa...

La guerra es algo vasto y abstracto, algo inaprensible e inexplicable en su brutalidad tumultuosa. Algo inexpresable –sea aclarado– para el idioma corriente. Es una pesadilla terrible cuya realidad de angustia había intentado describir, entre nosotros, el complejo instrumental de la Literatura. Es esa empresa, justamente, la que acometió la pintura ambiciosa de Raquel Forner. No podía intentarse tal tarea, es evidente, sino mediante una plástica dramáticamente expresiva.

¿Recuerda el lector la primer serie de pinturas de Raquel Forner acerca de la guerra española? Su exhibición desconcertó a cierto público. Un ámbito de epicidad y lirismo tensos, sostenidos y desgarradores, envolvían las cosas y los seres de sus composiciones de pesadilla. La magia de los sueños angustiosos surgía de los contrastes violentos en que lo real y lo irreal se oponían atrevidamente en la pintura un clima enrarecido. A los pies de la madre desgarrada sangraba, inverosímil, un muñeco de yeso. ¿Qué verismo podría crear la realidad de locura del dolor humano frente a la catástrofe como esa invención inverosímil? Cada cuadro era una pesadilla. Una pesadilla que surgía del contraste de lo real y lo irreal, de la exasperación de lo real, de su fragmentación, de su dislocación, de la selección de cosas, de su agrupación inverosímil, del color de sus atmósferas, un color que volcaba sobre el ámbito de la composición la luz angustiosa de ciertos sueños sombríos.

De entonces a hoy el color de los cuadros de Raquel Forner, su paleta, ha ido evolucionando. Como han ido evolucionando el tratamiento de sus temas, de los elementos de sus composiciones y hasta el ritmo con que los agrupa. Los muñecos de yeso han desaparecido, las figuras se han humanizado, el clima cromático se ha tornado más plácido, menos exasperado, menos angustioso y la luz evidentemente menos extraterrena, menos sobrenatural, más verdadera. No obedece este cambio, es indudable, a razones técnicas o estéticas. No hay progreso ni retroceso en la labor de la artista. Ni maduración o decadencia. Lo que hay es la necesidad de una expresión distinta. Un impulso de orden espiritual mueve a Raquel Forner. Su obra, incluso, es un acto de afirmación en las batallas del mundo, un peso echado como una espada en uno de los platillos de la balanza que ha de decidir el próximo destino de la sociedad humana. La guerra de España –primer choque sangriento entre las fuerzas del porvenir y las de la sombra– se perdía irremediabilmente y la victoria del fascismo, una victoria decapitada y sangrante a cuyos pies yacían, pisoteados, la cultura y el trabajo creador, consagraba el derrumbe de las mejores esperanzas. Los pueblos vivían el dolor de esa pesadilla. Pero esos días han pasado. Sobre las catástrofes, los muertos y el desgarramiento, los cielos empiezan a tornarse benévolos. Se columbra, sobre la pesadilla del dolor, la placidez de un mundo claro y armonioso.

No es otro el tema de "Amanecer", el cuadro expuesto en el último Salón por Raquel Forner. La pesadilla empieza a ceder el paso a un sueño que sonrío. De ahí el nuevo espíritu que fluye de la vasta composición. Un espíritu que exige, para su expresión cabal, otra agrupación de las cosas, otro tratamiento de los elementos constitutivos, otra materia, otro color.

Un crítico norteamericano –Lloy Mallan– considera que la pintura de Raquel Forner quedará como uno de los más considerables testimonios artísticos y documentales de nuestro tiempo junto a obras tan significativas como podría serlo "La Destrucción de Guernica", de Picasso. Suscribo, sin reservas, la afirmación. Raquel Forner no es, sólo, una artista de excepcionales facultades expresivas sino, además, una noble ciudadana del mundo y de su tiempo. Me llena de satisfacción pensar que es argentina y que, en más de una oportunidad, he tenido el honor de saludar la dignidad artística y humana de su obra.

---